

Acepta plenamente el presente, se abraza con él, lo cree eterno: «De un más sensible sin cesar presente», y, aunque el tiempo en sí pueda pasar, para el poeta, lo que nunca pasa es la presencia constante de un yo que es siempre «ahora»: «Sobre su cima, sobre los tangibles / Siglos aquí salvados, tan presentes» (45).

Finalmente, quedan por considerar algunas de sus relaciones de sentimientos hacia la música, pues el alma de ambos está hecha para la armonía y la expresan maravillosamente en su arte, los dos aman la música:

*Surge el grupo de sonidos.
Parte alegremente exacto.
Por amor a las escalas.
El silencio queda abajo.
.....
(¡Música en el alma disuelta,
Onda hacia piélago vago!) (46)*

Fray Luis escribió una oda entera en la que consigue la unión con la armonía del mundo y con su primera causa. Para él, la armonía musical humana y la celeste eran aspectos del reflejo de la armonía divina. Su alma se dirigía, por la música, a su natural armonía y despreciaba la vulgar:

*El aire se serena
Y viste de hermosura y luz no usada.
Salinas, cuando suena
la música extremada
por vuestra sabia mano gobernada.
A cuyo son divino
el alma que en olvido está sumida
torna a cobrar el tino
y memoria perdida
de su origen primera esclarecida (47).*

El aire se hace más delicado y sus conmovidas vibraciones producen el arte más puro, la música, que toma por cuerpo una hermosura luminica. Por este arte, el poeta sube a la eterna armonía: pero vuelve al mundo material mediante el nombre «Salinas», que es quien ejecuta la acción del verso: «Por vuestra sabia mano gobernada.» Como el ejecutor es humano, la música tiene que ser necesariamente de la tierra. Después el alma despierta del olvido en que se halla en este mundo para volverse, según corresponde a su origen, a las cimas de la armonía universal. A Guillén también le pertenece la música, cuya armonía lo introduce en donde «no hay discordia posible». La siente

(45) *Ibid.*, «La vacación» y «Tiempo al tiempo o jardín», pp. 248 y 399.

(46) *Ibid.*, «Contrapunto final», p. 504.

(47) FRAY LUIS: «A Francisco de Salinas», *op. cit.*, pp. 31-32.

como el arte más puro que no emplea colores, ni palabras, ni masas, sino que es simplemente vibración armoniosa, conmovida, llena sólo de hermosura luminosa. La palabra poética se adelgaza igualmente, se hace transparente cuando suena la música, la poesía:

*Aire novel nos serena
Y viste de luz no usada
Cuando el concierto es concierto
Y un Salinas nos encanta. (48)*

El aire que se ha hecho más tierno, más inmaterial, serena el ánimo del poeta, lo inunda de lumínica hermosura y la música lo eleva hasta el límite donde la realidad culmina en absoluta armonía:

*¡Música, poderío!
Y me fia a sus cúspides
Me colma de su fe,
Me erige en su esplendor,
Sobre el último espacio conquistable,
Me tiende a su ondear de creaciones,
Junto al más fresco arranque de alegría,
Me expone frente a frente
de la gran realidad en evidencia,
Y con su certidumbre me embriaga.
¡Armonía triunfante!
Imperando persiste,
Hermosamente espíritu. (49)*

El final de la oda de fray Luis es un deseo de continuar escuchando eternamente tan dulce música y una invitación a los demás a participar de este sumo bien. El poeta pide al músico, en una especie de apóstrofe, que siga tocando aquel acorde a sus oídos, porque posee la magia de despertarle para la contemplación de lo divino y adormecerle al mundo:

*¡Oh desmayo dichoso!
¡oh muerte que das vida!, ¡oh dulce olvido!
dura-se en tu reposo
sin ser restituido
jamás a queste bajo y vil sentido.
.....
¡Oh!, suene de continuo,
Salinas, vuestro son en mis oídos,
por quien al bien divino
despiertan los sentidos,
quedando a los demás adormecidos. (50)*

(48) JORGE GUILLÉN: «Al margen de Fray Luis», *Homenaje*, p. 47.

(49) JORGE GUILLÉN: «El concierto», *Cántico*, pp. 182-183.

(50) FRAY LUIS: «A Francisco de Salinas», *op. cit.*, pp. 32-33.

Guillén desca con igual ansiedad que la música suene ininterrumpidamente, porque lo remonta a la participación de la absoluta armonía, que es sumo bien, e invita a los amigos a participar de esta realidad, «Es despliegue mismo / —Oíd— de un firmamento». Únicamente no aparece la polaridad de fray Luis, despertar a la contemplación de lo divino —amortecer a lo demás:

*Suena, música, suena,
Exáltame a la orilla,
Ráptame al interior
De la ventura que en el día mío
Levantas.
Remontado al concierto
De esta culminación de realidad,
Participo también de tu victoria:
Absoluta armonía en aire humano. (51)*

El punto de arranque de la oda a Salinas fueron las teorías pitagóricas y platónicas, que defienden que el alma es armonía y la música es la purificación del alma. Por la música se limpia de lo inarmónico que la rodea y retorna al mundo de las armonías de «la más alta esfera». Esto envuelve nuevamente a fray Luis con los pitagóricos en lo que concierne a la teoría de las esferas o ruedas celestes, que en su movimiento producen y transmiten un sonido musical de inefable concierto. La armonía del alma del poeta está en consonancia con la del universo y se unen y confunden:

*Traspasa el aire todo
hasta llegar a la más alta esfera,
y oye allí otro modo
de no perecedera
música, que es la fuente y la primera.
Y como está compuesta
de números concordes, luego envía
consonante respuesta,
entre ambas a porfía
se mezcla una dulcísima armonía. (52)*

Estas esferas de las teorías filosóficas helénicas eran diez en número y fray Luis, en la estrofa 5.^a de «Canción al nacimiento de la hija del marqués de Alcañices», menciona la sexta y la tercera, que corresponden a Júpiter y Venus respectivamente. Guillén capta admirablemente la íntima conexión de estos versos de la oda a Salinas con Pitágoras y Platón, y percibe el proceso de cristianización de las teorías paganas, conseguida, quizá, por San Agustín, quien considera la ar-

(51) JORGE GUILLÉN: «El concierto», *Cántico*, p. 183.

(52) FRAY LUIS: «A Francisco de Salinas», *op. cit.*, p. 32.

monía del universo como el maravilloso canto de un excelso músico (Dios). Fray Luis, partiendo de la concepción agustina, pretende alcanzar la unión mística del alma con Cristo, como indica magistralmente Guillén al final de sus dos liras referidas a las últimamente citadas y comentadas:

*Oías el acorde
Reservado a tu alma en el silencio
Total de las estrellas,
O compartías música en la pausa
Del ocio con amigos.
Todo es número, tácito o sonoro.
Entre sus concordancias te conducen
Pitágoras, Platón.
Y arriba, Cristo,
Centro, ya no doliente. (53)*

La conformidad de estos versos con los de fray Luis no es sólo de contenido, sino también de forma (liras) y de movimiento ascensional de los poemas de que proceden. Hay, además, una gran compenetración del espíritu del poeta muy intencionada y buscada por Guillén. Por consiguiente, las observaciones aquí anotadas me permiten finalizar, afirmando que entre los dos poetas existe un marcado paralelismo. Quizá, después de San Juan de la Cruz, sea fray Luis el poeta de la literatura española a quien Jorge Guillén es más afín. Sobre todo por el interés y la compenetración que tiene con la oda «A Francisco de Salinas».—LUIS LORENZO-RIVERO (*Department of Spanish, Carleton University, OTTAWA, Ontario, Canadá*).

SUGERENCIAS MEJICANAS EN LA OBRA DE VALÉRY LARBAUD (1881 - 1957)

¿Cómo y cuándo conoció Valéry Larbaud a Alfonso Reyes? Mientras la correspondencia de éste no nos proporciona la respuesta precisa, no es temerario fechar el primer contacto entre ambos escritores del lunes 21 de febrero de 1917.

Aquel día, en efecto, ateniéndose a la página 60 de su *Journal* (Gallimard, 1955), Larbaud, que se hallaba en Alicante, huyendo de los rudos inviernos y agrias primaveras de París, aquel día, repito, hojeando

(53) JORGE GUILLÉN: «Fray Luis de León», *Homenaje*, p. 134.